

en la mañana del 19 declararía rotas las relaciones, pediría sus pasaportes y saldría de la república.

Don Ezequiel Montes que se había hecho cargo de la cartera de relaciones pocos días antes de esta nota, después de haber desempeñado la de justicia, contestó al señor Sorela con la gravedad y mesura correspondientes al caso. En la contestación del señor Montes, se manifestaba al representante español la imposibilidad en que se había hallado el gobierno de evitar el crimen cometido en San Vicente, puesto que no se podía prever las intenciones de los que lo habían perpetrado; la actividad que se había desplegado para perseguirles y las medidas que se habían dictado á fin de aprehenderles; que el lamentable hecho había sido una transgresión de las leyes de Méjico, pero no una ofensa á España, que los trámites señalados por las leyes para la administración de justicia, no era posible violentarlos; y que era imposible, en consecuencia, la satisfacción que exigía el representante español. Don Pedro Sorela no juzgó convincentes las razones expuestas por Don Ezequiel Montes en su nota, y contestó á ella insistiendo en su propósito. El señor Montes repitió lo mismo que ya tenía expuesto; pero no habiéndose podido poner de acuerdo ni por medio de las notas, ni en dos conferencias privadas que tuvieron, el encargado de negocios de España, cumpliendo lo que había dicho con fecha 10, pasó en la mañana del 19 una nota en que decía que, habiéndose cumplido el plazo señalado en su anterior, sin haber alcanzado la satisfacción que había pedido, declaraba rotas las relaciones, pedía sus pasaportes y salía de la república, dejando encomenda-

da al ministro plenipotenciario de Francia en Méjico, la protección de los españoles.

1857. Don Ezequiel Montes al contestar á esta
Enero. comunicación, lo hizo en términos altamente caballerosos, y en toda su nota se revelaba el empeño que el gobierno había tenido por evitar aquel desagradable paso: por eso al enviar al Sr. Sorela los pasaportes que había pedido, le decía D. Ezequiel Montes, que no había motivo para romper las relaciones; que estas, por parte del gobierno mejicano, no las consideraba rotas, y concluyó protestando que sobre el representante español pesarian únicamente los males todos y las consecuencias de la resolución tomada sin instrucciones del gobierno de España.

En los momentos en que las relaciones entre ambas naciones quedaban interrumpidas, llegó á Veracruz, en el vapor de guerra Isabel II, el coronel español Llorente, con pliegos importantes del capitán general de la isla de Cuba para D. Pedro Sorela. Al saber su llegada, el representante español puso inmediatamente un telégrama al Sr. Llorente en que le decía que no se pudiese en marcha hácia la capital de Méjico, supuesto que él se dirigía á Veracruz. Con efecto, pronto se puso D. Pedro Sorela en camino para aquel puerto, y al llegar á él, fué visitado por el Sr. comandante general del Estado. El representante español quiso corresponder á la distinguida deferencia de aquel atento militar; y á las pocas horas recibía éste, en su casa, igual acto de política por parte del funcionario español en persona.

Al embarcarse el Sr. Sorela en la tarde del 26 con los individuos de la legación de España en el vapor de guerra Isabel II, fué saludado por una de las baterías

de la plaza. El representante español recibió este homenaje manteniéndose descubierto, en pié, á bordo de la lancha que le conducia al buque de su nacion, todo el tiempo que duró el saludo. Pocos momentos después, el vapor de guerra Isabel II, zarpó de Sacrificios, sin que las diferencias surgidas en el terreno diplomático, alterasen en lo mas mínimo la buena y cordial armonía que siempre ha reinado entre los ilustrados hijos de Veracruz y los españoles allí residentes.

Mientras el horizonte de los asuntos exteriores se encapotaba, el de las operaciones sobre los sublevados iba despejándose favorablemente para el gobierno. Desde que los disidentes habian abandonado San Luis, se vieron perseguidos tenazmente por los generales Parrodi, Negrete, Langberg, Echeagaray y otros. Se habia conferido el mando en jefe de las tropas pronunciadas al general D. Francisco Sanchez; pero aunque poseia conocimientos vastos del arte de la guerra, el poco número de su gente, y el desaliento que se habia apoderado de ella al verse obligado á marchar siempre en retirada, hacia casi del todo inútiles aquellos.

Los disidentes se habian dividido en varias secciones con el objeto de procurarse recursos mas fácilmente y de llamar la atencion de sus contrarios por distintos rumbos.

Después de repetidas y fatigosas marchas en que la desercion de muchos y las enfermedades de no pocos disminuyeron sus filas, llegaron á la hacienda de Tunas Blancas, punto que presentaba grandes ven-

1856. tajas para aventurar una accion. Examinado
Enero. el sitio, determinaron esperar en él á sus per-

seguidores, y situaron convenientemente su fuerza en posiciones ventajosas, colocando 400 hombres de ésta como de vanguardia en el formidable cerro que lleva el mismo nombre de la hacienda referida, y está situado en la boca de la Sierra. Pronto llegaron á presentarse frente á esta primera posicion, defendida por los disidentes, las tropas del gobierno, mandadas por el general D. Anastasio Parrodi. Eran las dos y media de la tarde del 26 de Enero. Reconocidos por el general Parrodi los puntos que ocupaban los contrarios, dejó formada por escalones en una planicie una brigada de caballería mandada por el general Langberg, y mandó destacar una guerrilla de sesenta hombres del 4.º de línea, al mando del teniente Bienna, y otra de cien del batallon de Puebla, á las del capitan Escalante, y ambas á las órdenes del coronel Villagra, con el objeto de que se extendieran sobre el frente del cerro, avanzando: otra guerrilla del expresado batallon de Puebla, al mando del capitan Delgado para que flanquease á los disidentes sobre la derecha, y una del 4.º de línea al mando del capitan Búrgos para que fuese de reserva á las anteriores. El general de caballería Langberg mandó sobre el flanco izquierdo al coronel Vega con su escuadron y una compañía de dragones de Zacatecas, pero haciendo el servicio de infantería.

Tomadas las anteriores disposiciones, el general Don Anastasio Parrodi encomendó el todo de la operacion al general Negrete.

El cerro de Tunas Blancas, á donde se dirigia el ataque, estaba defendido por cuatrocientos hombres, á cuyo frente se hallaba el general disidente D. Tomás Mejía.

Todas las guerrillas de las tropas del gobierno avanzaron con rapidez sobre la posición enemiga. Los disidentes les esperaron con serenidad, y pocos instantes después la acción se había empeñado con heróico ardor. Hora y media duró el combate; pero siendo imposible á los pronunciados resistir por más tiempo al empuje de sus contrarios, abandonaron el cerro y se pusieron en retirada.

El general D. Anastasio Parrodi, juzgando de importancia aquel hecho, lo comunicó en el mismo día 26 al gobierno, diciendo que estaba por creer que la operación practicada había causado desmoralización al enemigo, pues la juzgaba de alguna consideración, y que no alcanzándole el tiempo para practicar el reconocimiento desde aquel punto á Zutini, sitio bastante inmediato, lo haría al rayar la luz del siguiente día.

Los disidentes, resueltos á disputar el paso á las tropas del gobierno, se fortificaron lo mejor que les fué posible en el cerro de la Magdalena, punto formidable, situado al lado de la Sierra, que se había hecho célebre en la guerra de la independencia. El general D. Anastasio Parrodi, como lo había ofrecido en su comunicación, avanzó al siguiente día y reconoció la posición de sus contrarios; pero convencido de que atacarla para tomarla á viva fuerza sería exponerse á grandes pérdidas y acaso á un mal éxito, se resolvió á sitiarnos en mismo cerro, cerrándoles todos los caminos por donde pudieran enviarles víveres y cortándoles todas las retiradas que le fué posible.

1857. Los disidentes que no habían contado con
Febrero. aquella estrategia, se vieron pronto reducidos á completa escasez, y sin una gota de agua para mi-

tigar su sed devoradora. Sin embargo, abrigando la esperanza de que serían atacados ó de que sus contrarios no podrían permanecer por mucho tiempo sitiándolos, se propusieron mantenerse en sus posiciones. Pronto la carencia absoluta de agua, les hizo comprender que para proveerse de ella en las haciendas inmediatas, era preciso destacar fuerzas suficientes que, indispensablemente sufrirían bajas considerables, y así sucedió en efecto.

Los disidentes para lograr alguna cantidad del precioso líquido, hacían descender del cerro, columnas de ochocientos y hasta de mil hombres que se dirigían á los puntos más inmediatos en que había agua, sufriendo, para conseguirla, el terrible fuego de las tropas del general Parrodi, y sufriendo en cada operación de aquellas, sensibles bajas. Así permanecieron sufriendo con heróico valor las penalidades más terribles, hasta el día 6 de Febrero, en cuya noche, y cuando menos lo esperaban sus contrarios, abandonaron el cerro, tomando silenciosamente el camino de Querétaro, sin dejar ni un solo cañon, ni un solo fusil, ni un solo pertrecho de guerra, emprendiendo la retirada por Ajuchitlan y la hacienda de la Esperanza, á las órdenes de D. Francisco Sanchez y de D. Luis G. Osollo, que funcionaba de mayor general.

Advertido el movimiento por los generales de la división que mandaba D. Anastasio Parrodi, que desde la tarde anterior estaban sobre aviso por éste, las brigadas del gobierno se movieron en la misma dirección que llevaban los disidentes. Apenas había aun rayado la luz del día, cuando descubrieron á los rebeldes, á poca distancia, y retirándose por el camino que ellos

llevaban. Entonces los generales Langberg, Nuñez y Arteaga mandaron romper el fuego de cañon sobre las tropas disidentes, desde Tunas Blancas, mientras los generales Rocha y Zamora bajaban con sus brigadas por el lado opuesto. Los disidentes, al ver acercarse á sus contrarios, hicieron alto y le esperaron. Trabado el combate, lucharon con valor; pero al fin tuvieron que ceder el campo, y continuar su retirada.

La brigada ligera y tercera por la derecha, y la primera reserva por el centro, y la de caballería por la izquierda, formaron entonces tres columnas paralelas que siguieron sin descanso á los rebeldes. Estos procuraron sostenerse en otras tres posiciones; pero las guerrillas de la brigada ligera y del 4.º batallon de línea, así como la artillería les desalojaron de ellas con grandes pérdidas. Sin embargo de esto, D. Francisco Sanchez y D. Luis Osollo que mandaban á los disidentes, se propusieron resistir en un punto de la serranía que precede á la hacienda de la Esperanza, y en él se empuñó una accion sangrienta y reñida. Las tropas del gobierno que eran buenas y en mayor número, acometieron con decision á sus contrarios que las recibieron con serenidad. El fuego de cañon y de fusil era incesante, y la lucha se hacia cada vez mas terrible. Don Luis Osollo, cuyo valor rayaba en temeridad, alentaba con el ejemplo y la palabra á los suyos, cuando una bala de cañon fué á herirle en el brazo derecho, derribándole en tierra. Esto introdujo el desaliento en sus

1857. tropas que habian sostenido por mas de dos
Febrero. horas un combate desventajoso. Derrotadas al fin, emprendieron en completa dispersion la retirada,

dejando en poder de las tropas del gobierno gran número de prisioneros, entre ellos el coronel de artillería D. Antonio Oropesa y seis jefes mas, doce piezas de artillería de á 24, 12 y 8, catorce carros de municiones, sesenta mulas cargadas con diferentes objetos de guerra, tres carros de ambulancia, dos coches y otras importantes cosas.

Don Luis Osollo, viendo derrotado su ejército y sin posibilidad de reunirle por la gravedad de la herida que habia recibido, tomó el camino de la hacienda de Ajuchitlan, cubierto de sangre y desfallecido por la mucha que habia perdido. Al llegar á ella, se encontró sin fuerzas para seguir, y ocupada por tropas del gobierno. El valiente jóven, viendo que le era imposible marchar adelante, se presentó al coronel D. Eugenio Paredes que era el jefe allí situado, y se declaró su prisionero.

Don Eugenio Paredes que abrigaba sentimientos nobles y generosos, y que, como Osollo, era jóven y valiente, trató á su prisionero con todas las consideraciones debidas al valor y á la desgracia, proporcionándole inmediatamente todo lo que pudiera hacerle menos amarga la última. Estas consideraciones que entonces se repetian con frecuencia entre los jefes de uno y otro bando, hablan muy alto en favor de los sentimientos humanitarios de los hijos de aquel país, consideraciones que nunca debieran extinguirse del corazon de los militares.

No se manifestó menos generoso el presidente D. Ignacio Comonfort con los vencidos prisioneros, despues del triunfo espléndido alcanzado por sus generales, y digno del mas alto elogio es el rasgo noble que de su

carácter se revela en la comunicacion que el ministro de la guerra D. Juan Soto envió el dia 9 de Febrero, contestando al parte dado por el general Parrodi comunicando el triunfo. «Muy persuadido el Excmo. señor presidente de los sentimientos humanos de V. E.,» decia la expresada comunicacion, «no duda que habrá dictado las mas eficaces providencias para que los heridos, tanto de nuestras tropas como de las del enemigo, sean atendidos con la mayor eficacia, proporcionándoles cuantos cuidados y auxilios requiere su triste situacion, sobre lo cual hace á V. E. una especial recomendacion, encargándole que extienda un particular cuidado respecto de D. Luis Osollo, para que no carezca de ningun auxilio.»

Pocos dias antes, el 5 del mismo mes de Febrero, dió el gobierno un decreto de amnistía, indultando á todos los que se encontraban en los filas disidentes, ya casi por completo destruidas en todas partes. En el estado de imposibilidad en que habian quedado los disidentes para continuar la lucha, la amnistía y la recomendacion para que se asistiese á los heridos contrarios con toda la eficacia y consideraciones debidas á la desgracia, revelaban que tenian por origen la inspiracion del mas elevado de los sentimientos: la humanidad.

D. Luis Osollo, cautivado de la generosidad demostrada por el presidente hácia él manifestó á los que le asistian la gratitud, que sentia hácia el primer magistrado de la república.

1857. Muy eficazmente se atendió á la herida
Febrero. del valiente prisionero; pero por mas que se hizo para curarla, fué necesario amputarle el brazo

para salvarle la vida, operacion que se efectuó el dia 9.

Todos los hombres de corazon de los diversos bandos políticos, sintieron aquella desgracia. D. Luis G. Osollo era verdaderamente caballero, y sus elevados sentimientos le habian cautivado el aprecio general. Don Antonio Parrodi que estimaba en mucho la hidalguía y el valor del jóven prisionero, le manifestó el profundo sentimiento que sentia por la pérdida de su brazo: «Me queda otro, mi general,» contestó Osollo; «pero nunca me servirá para desenvainar la espada por hombres como éstos.» El valiente jóven aludia á los jefes que se habian apoderado en San Luis de los caudales de la conducta, pues su noble corazon se sublevaba contra toda accion bastarda. Amaba su causa, porque la creia justa; porque estaba de acuerdo con su conciencia; porque creia que era la única con que podria ser dichosa la patria en que nació, y por lo mismo se indignaba contra los que no cumplian religiosamente con sus deberes. Era conservador por conviccion, y estaba dispuesto á empuñar la espada con el brazo que le quedaba, por los principios que juzgaba salvadores; pero no á sacarla por hombres como aquellos, á cuyo lado se vió precisado á combatir.

Algunos periódicos liberales interpretaron las palabras de Osollo, tomándolas como condenando la causa que hasta entonces habia defendido; pero aquella interpretacion fué violenta, y estaba en contradiccion con los sentimientos que casi en los mismos instantes expresó al general Parrodi, y que daremos á conocer á su tiempo.

Don Luis Osollo, era un jóven que se hacia querer

por su noble porte, su recto juicio, su moderacion y por su valor. D. Anastasio Parrodi, interesándose por su suerte, escribió al presidente una carta, pidiéndole gracia para él, y en la cual le decia estas palabras: «Me dirijo al mismo general que dijo en Puebla: *los heridos no me pertenecen porque ya Dios los ha castigado*; é imploro su clemencia para este desgraciado jóven.»

Don Ignacio Comonfort, que era hombre de humanitarios sentimientos, obsequió el deseo del general Parrodi, y Osollo fué indultado.

Un rasgo de franqueza y de honradez que aconteció en tanto que se recibia la contestacion del gobierno, dará á conocer la lealtad del jóven prisionero, así como la generosidad de su vencedor. Compadecido Parrodi de la triste situacion de Osollo, le dijo que le dejaba libre desde aquel instante, bajo su palabra de honor. «Doy á V. las gracias, general;» contestó el prisionero: «Pero yo á nada me comprometo; y así hará V. bien en guardarme con toda vigilancia.»

Hé aquí la respuesta á que me referí al decir que el brazo que le quedaba no le serviría para sacar la espada por hombres como aquellos, á cuyo lado combatió al caer herido.

1857. Conseguido el indulto, y cicatrizada la amputacion, D. Luis Osollo se puso en camino, y se dirigió á la capital, donde le esperaban impacientes, su amorosa madre, sus hermanas, y sus numerosos amigos.

El contraste con los sentimientos del gobierno se encontraban los de los redactores del periódico francés el *Trait d' Union*, uno de los mas intransigentes con las

ideas conservadoras. «No hemos aprobado, ni aprobaremos» decian, «el decreto de amnistía. Apreciando en todo su valor las nobles intenciones del Sr. Comonfort, creemos que, bajo el punto de vista gubernamental, la medida es inoportuna; y queremos que si por desgracia la ocasion se presenta, tal vez muy pronto, se recuerde que nuestra débil voz, impotente y humilde, no ha aplaudido un acto de clemencia que sacrifica la parte sana á la parte dañada de la sociedad. La opinion pública, sabedlo, aplaude una medida de clemencia, cuando es oportuna. Aprobaria la amnistía, si la rebelion que acaba de sucumbir hubiera sido verdaderamente la expresion de opiniones políticas extraviadas, pero sinceras, si no fuera mas que un hecho accidental y aislado; pero muy lejos de ello, no se encuentra en el fondo de todo lo que ha pasado mas que el robo, la traicion y el asesinato, una costumbre inveterada de insurreccion, no contra las autoridades políticas, sino contra toda autoridad social. La amnistía, pues, es mas bien una amenaza que una esperanza.»

Conveniente y hasta justo es que los periodistas extranjeros se ocupen de la política del país en que viven procurando con sus luces ilustrar las cuestiones importantes de bien social en que están interesados, puesto que en él tienen su industria, su comercio ó su carrera; pero nunca deben excitar las venganzas ni los rencores de un partido contra otro, y mucho menos designar á los hombres que militan en el bando opuesto al suyo con los ofensivos epítetos de ladrones, traidores y asesinos, como vemos arrojar al *Trait d' Union*, en los anteriores párrafos, al ocuparse de los enemigos